

tiempo cerrada la válvula superior; á esta válvula está unida una palanca en conexión con un manubrio recto al que se halla atada la cuerda mencionada, y que es mantenida en su lugar por un resorte espiral de bastante fuerza.

Se ve que el mas ligero avance del manubrio hace abrir un poco la válvula de enfrente; la presión del aire sobre el émbolo, por medio de las cadenas, mueve las poleas y aprieta los detenedores contra las ruedas. La cantidad de roce se puede aumentar ó disminuir á voluntad, cualquiera que sea el número y peso de los carros del tren. La invención es tan ingeniosa como importante la materia sobre que recae, y luego que se use proporcionará mayor seguridad al tránsito por los ferro-carriles. (G. de M.)

FOLLETIN.

ESCENAS DE LA VIDA EGIPTICA.

(CONTINUACION.)

Mr. Juan.

Viéndome el vigilante mirar á las jóvenes encorvadas bajo el peso de los sacos de tierra, me dirigió la palabra en frances. Era otro compatriota.

—¿Pero por qué haceis trabajar á estas mujeres y á estos niños? le pregunté. —No tienen obligación de ello, me dijo el inspector frances; es que sus padres ó sus maridos quieren mejor hacerlas trabajar á su vista que dejarlas en la ciudad. Se les paga desde 20 paras hasta una piastra, segun la fuerza que tienen.

—¿Y por qué hay algunos encadenados? ¿Son forzados? —Son holgazanes, mas aficionados á pasar el tiempo en dormir ó en escuchar historias en los cafés, que á ser útiles á los demas.

—¿Pero cómo viven aqui? —Con poco. En caso de necesidad, por cualquier parte encuentran frutas ó legumbres que robar. El Gobierno es poco aficionado á emprender los trabajos precisos; pero cuando absolutamente no pueden prescindir de ellos, hacen cercar un cuartel, y toda la jente que encuentran en la calle la cojen y nos la traen.

—¿A todos sin excepcion? —A todos; pero una vez arrestados, cada cual manifiesta sus excusas. Los turcos y los franceses se hacen reconocer al momento; los demas se reatan por dinero, y los que no, trabajan algunas semanas ó algunos meses, segun la importancia de las obras que se ejecutan.

¿Qué hemos de decir en vista de esto sino que el Egipto está en la edad media?

Los Khevals.

Despues de haberme desayunado en la fonda, fui á sentarme un momento en el mejor café mousky, que era donde primero habia visto bailar las bailarinas de oficio. Para figurarse aquel café, no hay mas que pensar en una tienda cuadrada, blanqueada de cal, donde por todo adorno se repite muchas veces la pintura de un reloj colocado en una pradera en medio de dos cipreses. El resto del adorno se compone de espejos elegantemente pintados, y de una araña cargada de frascos de aceite llenos de lamparillas cuyas luces, reflejadas en los espejos, hacen buen efecto.

Alrededor de los divanes de madera, y por cierto bastante dura, que hay alrededor de la sala, estan colocadas unas tarimillas de palmera que sirven para que los fumadores pongan los pies. Allí van el fellah con su blusa azul, el cophto con su turbante negro, ó el beduino con su capa rayada, y se sientan al lado de los europeos sin sorpresa y sin desconfianza. La chimenea ocupa uno de los rincones de la tienda, y es jeneralmente el mas precioso adorno.

Hé aqui que entré una nube de polvo y de humo de tabaco se nos presentan las bailarinas. A la primera vista nos sorprendieron por el brillo de los casquetes dorados que llevaban en la cabeza. Al movimiento de los talones que golpeaban el suelo, cuyo ejercicio imitaban bruscamente con los brazos levantados, sonaban cascabeles y anillos: cerníanse con un movimiento voluptuoso, y en su esbelto talle tenian un cinturón muy bajo. Apenas se podian distinguir las facciones de aquellas seductoras mujeres, cuyos dedos agitaban unas panderetas, poco mas grandes que castañuelas, con que acompañaban perfectamente á la flauta y al tamboril. Habia dos muy bellas, de aspecto altivo, de ojos árabes, animados por el cohel, de mejillas frescas y delicadas; pero la tercera manifestaba pertenecer á un sexo menos tierno, pues llevaba barba de ocho dias. Lo peor del cuento fue que cuando se concluyó el baile, y me fue posible examinar las facciones de las otras dos, me convencí de que nos las habíamos con bailarinas... machos.

Es muy particular la moral turca en algunas cosas. Hace pocos años que las bailarinas recorrian libremente la ciudad, animando las fiestas públicas, y haciendo las delicias de los casinos y de los cafés. En el dia no pueden mostrarse mas que en las casas y en las fiestas particulares, y las personas escrupulosas encuentran mucho mas convenientes estos bailes de hombres disfrazados. Los bailarines autorizados por la moral musulmana se llaman khevals.

Al salir del café atravesé de nuevo la estrecha calle que conduce al bazar frances para entrar en Wghorn, y ganar el jardín de Rosette. Rodeáronme por todas partes vendedoras de ropa, manifestándome los mas ricos trajes, cinturones bordados de oro, armas ricamente trabajadas é incrustadas de plata.

La Khanoun.

Cuando llegué á mi casa la encontré llena de jente. Allí estaban los cocineros, que me habia enviado Mr. Juan, fumando tranquilamente en el portal, donde se habian hecho servir el café. Despues el judío José armaba en el piso principal un ruido de mil diablos. Desperté al intérprete, que dormia la siesta, para ver qué era aquello, y me dijo muy incomodado:

—Bien te lo habia dicho esta mañana. —¿Qué? —Que habias hecho mal en permanecer en el terrado.

—Tú me habias dicho que era bueno subir por la noche para no inquietar á los vecinos.

—Pero tú has permanecido hasta despues de salir el sol.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Que hay arriba sibañiles que trabajan por tu cuenta, enviados por el cheik del cuartel.

Efectivamente, encontré que estaban tapando una parte del terrado.

—Hacia ese lado, me dijo Abdallah, está el jardín de una khanoun (señora principal de una casa) que se ha quejado de que has mirado en su casa.

—Pero yo no la he visto.

—Te ha visto ella, y es bastante.

—¿Qué edad tiene esa señora?

—Es una viuda que tendrá unos 50 años.

Tan ridículo me pareció aquello, que coji y arrojé los zarzos de que principiaban á rodear el terrado. Sorprendidos los trabajadores, se retiraron sin hablar palabra, porque nadie en el Cairo, á no ser de raza turca, se atreveria á resistir á un francés. El intérprete y el judío menearon la cabeza sin hablar palabra.

Hice salir á los cocineros, y me quedé con el que parecia mas intelijente. Era un árabe de ojos negros, llamado Mustafá, que quedó muy contento con piastra y media que le ofrecí.

Principiaba á hablar con el judío, que me desenvolvía sus ideas sobre el cultivo de las moreras y la cria de los gusanos de seda, cuando llamaron á la puerta. Era el viejo Cheik que volvia con los trabajadores. Me hizo decir que le estaba comprometiendo, y que era muy poco reconocido á la complacencia que habia tenido alquilándome la casa. Añadió que la khanoun estaba furiosa sobre todo por haber echado en su jardín los zarzos puestos en mi terrado, y que podia quejarse al cadí.

Vi una serie de disgustos y traté de excusarme con mi ignorancia de los usos, asegurándole que nada habia visto ni podido ver en casa de aquella señora.

—Comprenderéis, me dijo, cuánto se teme que un ojo indiscreto penetre en el interior de los jardines y de los patios, cuando se elijen siempre viejos ciegos para anunciar la oración desde lo alto de los minaretes.

—Lo sabia; le contesté.

—Convendria, me dijo, que tu mujer hiciese una visita á la khanoun y la llevase algun presente, aunque no fuese mas que un pañuelo de la mano ó otra cualquiera bagatela.

—Pero bien sabes, le respondí muy embarazado, que hasta ahora...

—¡Machallah! exclamó golpeándose la cabeza, ¡no pensaba en eso! ¡Que fatalidad tener fregnais en el cuartel! Te habia dado ocho dias para tener mujer. Ningun hombre, aunque sea musulman, que no tiene mujer, puede habitar mas que en el Okel (Khan ó carvanserail), por consiguiente no puedes permanecer aqui.

Tranquilece lo mejor que pude, diciéndole que aun me quedaban dos dias del tiempo que me habia prefijado; pero con el pensamiento de asegurarme de si habia en aquello algo de supercheria, por cuya razon fui á buscar al cónsul de Francia.

Visita al cónsul de Francia.

Busqué en mi maleta una carta de recomendacion, y fui á ver al cónsul jeneral, que momentáneamente habitaba en el Cairo. Aquel mismo dia comí con él, acompañado del doctor Clot-Bey, cuya casa estaba próxima al consulado, y de Mr. Lubbert, antiguo director de la ópera, y ahora historiógrafo del bajá de Egipto.

Estos dos caballeros, ó mejor dicho, estos dos Effendis, que es el título de todo personaje distinguido en ciencias ó artes, llevaban el traje oriental. Adornaba sus pechos la brillante placa del Nichan, y hubiera sido difícil distinguirlos de los verdaderos musulmanes.

Recorrí ávidamente los periódicos franceses que estaban tirados en un divan.

En Egipto no hay mas que dos periódicos, una especie de Monitor árabe, que se imprime en Boulac, y el Faro de Alejandría. Cuando su lucha con la Puerta hizo ir el bajá un redactor frances que luchó algunos meses con los diarios de Constantinopla y de Smirna.

En tanto que comiamos se habló de un negocio que se juzgaba muy grave, y que hacia mucho ruido en la sociedad francesa. Un pobre diablo frances, un criado, habia resuelto hacerse musulman, y lo mas extraño era que su mujer tambien queria abrazar el islamismo. Ocupábanse del medio de evitar aquel escándalo, en que tanto franceses como egipcios tenian gran empeño. Los unos ofrecian al matrimonio infiel dinero y un buen destino; los otros decian al marido: si permaneces cristiano serás siempre lo que ahora eres. Entre nosotros, el último de los criados, un esclavo, un marmiton puede ser emir bajá, ministro y hasta esposo de una hija del Sultan; la edad no importa para nada, el estudio es inútil, y no abandonamos hasta la muerte la esperanza de llegar á la mayor dignidad.—El pobre diablo, que á lo que parecia tenia muy buena dosis de ambicion, se dejaba arrastrar por estas esperanzas, de las que participaba su mujer.

Hé aqui la doble perspectiva que se abrió á aquellas pobres jentes, y es preciso confesar que la posibilidad de que todas las personas, por mas baja que sea su condicion, lleguen por la casualidad ó por su intelijencia natural á las mas altas posiciones, sin que para ello sea obstáculo ni sus antecedentes, ni su educacion, ni su condicion, realiza perfectamente el principio de la igualdad. El criminal mismo que en Oriente paga su deuda á la ley no encuentra cerrada ninguna carrera. (Se continuará.)

PUERTO-RICO 30 DE MARZO DE 1847.

Relacion de las multas que han impuesto varios Alcaldes-Corregidores y Tenientes á guerra, en el mes de Enero próximo pasado por las causas que á continuacion se expresan.

	Ps. Rs.
<i>Guayama.</i>	
Severo Manfré y Juan Roman Delgado, por trato con un negro esclavo, fueron multados los dos en cinco pesos.	5 0
D. Francisco Rezzi, por haberse ausentado sin licencia.	4 0
Mr. Paoli, por una yegua suelta.	1 0
D. Heraclio Gautier, por un caballo idem.	1 0
D. José Sabater, por idem idem.	1 0
El mismo, por dos idem idem.	2 0